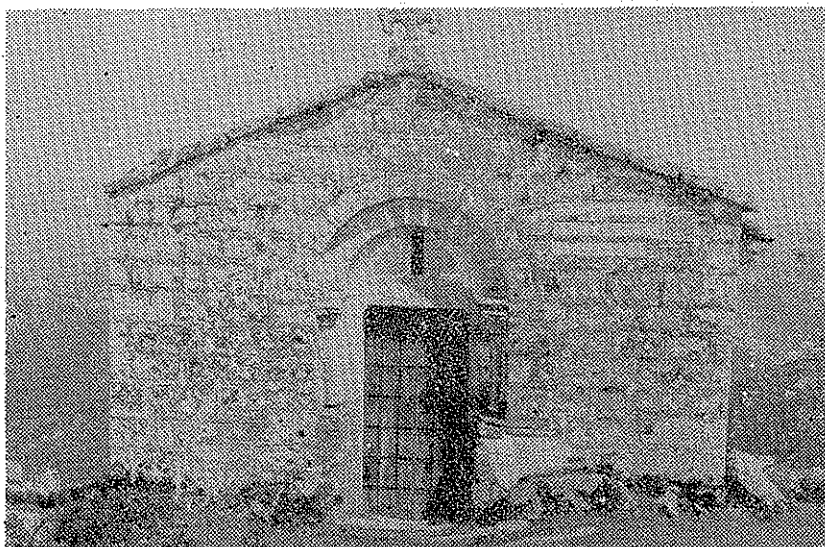


DE LA ESPENUCA

A mi querido amigo y colega don Paco Vales.

No hace mucho tiempo que las obras de la nueva carretera «turística» a la Espenuca, ya felizmente terminadas, descubrieron en las proximidades de la antigua iglesia de Santa Eulalia, emplazada en la cumbre de este famoso monte, restos romanos caracterizados por las consabidas «tejas de reborde», las clásicas *tégulas*, lo que, si para muchos de nosotros no fué precisamente una sorpresa, vino a confirmar de una manera que ya no ofrece lugar a duda, la creencia que algunos teníamos de que «por allí» hubiera cierta indeterminada «instalación» de gentes, tal vez algún antiguo castro o lugar fortificado, en los primeros siglos de nuestra era.



Iglesia de Santa Eulalia de Espenuca.

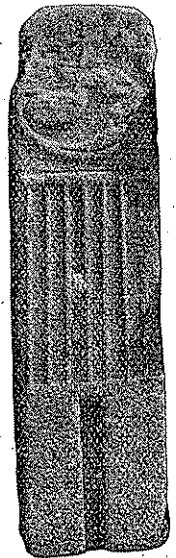
Hacíalo suponer, además del antiquísimo emplazamiento de dicha iglesia en aquel erguido y agreste lugar, y de las referencias históricas de cierta antigua fortaleza desaparecida hace ya tanto tiempo que ni recuerdo de ella en las gentes se conserva, el aprovechamiento de una curiosa piedra para dintel de la puerta de una modesta construcción, muy cerca de la mencionada iglesia, esculpida con un característico y bien acusado *trisceles* (que alguien tomó por «ave», pero que como tal yo, por primera vez, señalé) o *suástica* de tres brazos curvos o en espiral, de enigmática significación religiosa (que tanto en las *citánias* y castros galaico-portugueses, con frecuencia, abundan), y la misma afloración en algún lugar, más o menos recientemente removido, de alguno que otro trozo de *tégula* encontrado.

La Real Academia Gallega, a quien en seguida enteré de lo ocurrido, se «personó», con buen acuerdo, en este asunto, y allí fuimos en su nombre «a ver» lo que en dicha carretera en construcción aparecía, regresando con nuestras notas, trozos de *tégulas*, un característico molino de mano y alguna que otra cosa, firmemente vencidos de que, en efecto, en aquella pequeña cumbre, desde la cual tan hermoso panorama se contempla, en los siglos primeros de nuestra era, hubo algún pequeño poblado, cuyo carácter de momento no podía determinarse por lo hallado, pero cuya investigación, en serio, con cierto plan y medios apropiados, por quien fuese, convendría. Y a ello habrá que ir, si se quiere saber lo que fué, y su importancia en nuestra historia conocerse. Ahora, a quien le interese, que haga lo necesario por lograrlo. Pero, en tanto, por lo que pueda importar, la antigüedad de la mencionada iglesia y del referido castillo, recordemos.

De cuando allí se levantó la primitiva iglesia, poco en realidad sabemos. No podemos, como Verin y Seijas, suponer que lo fuese en la época de Constantino (¡cuando algo serio se dice, hay que probarlo!); pero la interesante inscripción histórica que en un peñasco grabada, antiguamente había, que el distinguido arqueólogo don Antonio de la Iglesia llegó a conocer y, por fortuna, en 1863, a publicar, que alguien hizo luego en busca de «un tesoro» torpemente destruir y de la que, hace aún muy poco, algún trozo suyo, con parte de la fecha, de nuevo, por suerte, apareció, «nos decía» que «el presbítero Cendulfo, el 1.º de marzo del año 881, en honor de Santa Eulalia, mártir», allí la rehizo o construyó: si fué la primera, no lo sé. La que hoy se levanta, de traza románica, sencilla pero curiosa, a la segunda mitad del siglo XII pertenece, aunque «alguna cosa» posterior ofrezca, pues claramente se ve que, en parte, alguna pequeña restauración sufrió. A la primitiva, sin duda, pertenecieron



blicar, que alguien hizo luego en busca de «un tesoro» torpemente destruir y de la que, hace aún muy poco, algún trozo suyo, con parte de la fecha, de nuevo, por suerte, apareció, «nos decía» que «el presbítero Cendulfo, el 1.º de marzo del año 881, en honor de Santa Eulalia, mártir», allí la rehizo o construyó: si fué la primera, no lo sé. La que hoy se levanta, de traza románica, sencilla pero curiosa, a la segunda mitad del siglo XII pertenece, aunque «alguna cosa» posterior ofrezca, pues claramente se ve que, en parte, alguna pequeña restauración sufrió. A la primitiva, sin duda, pertenecieron los *sartegos* o sepulcros antropoides que alrededor se hallaron. ¡Estudiar cuánto allí todavía se conserva, incluso las pinturas medievales que las antiguas paredes de la iglesia nos ofrecen, qué interesante sería y cuánto habría que agradecer a quien lo hiciese!



De la antigua fortaleza que allí se levantaba y que aquella pequeña comarca defendía, ni los restos más leves se conservan, aunque en algún lugar parecen, en efecto, sus vestigios descubrirse; y no cabe duda que en tan empinado monte, muchos años hace que una fortaleza antigua allí se erguía. Así la *Historia Compostelana* con absoluta certeza nos lo dice, recordando que el conde don Rodrigo Pérez de Trava, hijo del famoso conde «de Galicia» y tutor de Alfonso VII, don Pedro Froilaz, la donó en el año 1130 a la Iglesia de Santiago; prueba de que por entonces ya la había. Y aun por alguien se supone que en el siglo IX el «*castrum quod Spelunca nuncupatur*» ya existía.

Piedra con trisceles, existente en Espenuca.

(Foto Veiga Roel.)

¿Dónde se levantó o en qué lugar se erguía? Otra cosa que no sé. Pero, ¡qué alguien por allí su emplazamiento busque! A mí sólo me resta, para complacer a quien tan amablemente me lo pide, que contar lo que dicho queda, al que leyere. De lo demás... ¡que otros se preocupen!